

CAPÍTULO X

SE DESCORRE EL TELON

LA *excomuni3n mayor* fué el 20 de Diciembre, de manera que con ese *tour de force* clerical terminó el año de 1863. El de 1864 era el marcado por el destino para que pasaran en México cosas grandes y maravillosas. Pero antes de relatarlas vamos á ver lo que hacían el archiduque y, la archiduquesa y sus amigos en el teatro que habían escogido para sus operaciones.

El 8 de Enero iban de Trieste para Viena en un carro de gala del ferrocarril, Maximiliano, Carlota, Arrangoiz y demás personas que formaban el séquito de los candidatos al trono de México.

El archiduque, que estaba impaciente, nervioso, preguntó por la quinta vez á su favorito Arrangoiz que acababa de regresar de Viena:

—De manera que el Emperador mi hermano.....?

—Está ya perfectamente instruido por mí en todos los asuntos de México, conociéndolos ahora tanto como nosotros.

—¿Insiste en el malhadado pacto de familia?

—Más que nunca, señor. Dice que si Su Alteza acepta el trono de México, no es por tiempo fijo sino para siempre, para fundar allí una dinastía y que siendo así no es concebible que Su Alteza quiera también conservar derechos en Austria.

—Pero no había necesidad del convenio ni del escándalo. Si me voy á quedar en América, ¿qué temores puede abrigar para después?

—Esas y otras razones le alegué en nuestra conferencia; pero en ese punto no cede, ni creo que cederá.

—Eso allá lo veremos.

Maximiliano se hundió en el mullido sillón que ocupaba, cerró los ojos como soñoliento ó meditabundo y no volvió á mover los labios en el resto del camino. La emperatriz era la única que daba animación á la concurrencia hablando de sus proyectos para cuando se diera forma á la corte imperial en México, su sueño dorado, su ilusión más cara y de la que no era posible imaginarse que llegara á renunciar, puesto que la acariciaba hacía más de un año y la seguía acariciando cada día con más entusiasta fervor.

Desalentado Maximiliano con las noticias que le había dado Arrangoiz, apenas habló con su hermano Francisco José en Viena, continuando su viaje para Bruselas á fin de conquistarse los buenos oficios de la familia real de la archiduquesa.

Después de recorrer todas las cortes como aventureros de regia extirpe, determinaron dirigirse á París, que era donde más les interesaba, para saber al

menos lo que pensaba de todo aquello su protector imperial. Napoleón III los recibió con aparatosos regocijos, menudeándoles las fiestas, pero sin comprometerse á inclinar el ánimo de Francisco José en favor de Maximiliano. En lo que sí insistió todos los días fué en que los archiduques se pusieran en camino cuanto antes, puesto que la comisión mexicana residente en París tenía ya muchos cajones con expedientes y actas de adhesión levantadas hasta en los últimos rincones de México, aclamando emperador á Maximiliano.

—Mi deseo, le contestó una vez Maximiliano, es complacer á Vuestra Magestad lo más pronto posible.

—Es tanto más necesario ese viaje, siguió diciendo Napoleón, cuanto que los mexicanos están impacientes, nosotros acá tenemos que evitar así las murmuraciones y los Estados Unidos cuando quieran meter la mano se encontrarán con una dinastía fundada y sostenida por toda la Europa.

Entonces el Emperador de los franceses puso de manifiesto al Archiduque las cartas de Bazaine en que le decía que había hecho un viaje de recreo por el interior recogiendo actas de adhesión para Maximiliano con la mayor facilidad, toda la indiada con los curas á la cabeza, se habían declarado imperialistas, en las pequeñas y grandes ciudades había muchas familias sedientas de pertenecer á la nueva aristocracia que iba á formarse, la opinión en lo general, era favorable al establecimiento de la monarquía y especialmente adicta á Maximiliano por ser un príncipe católico, rubio, joven y con mujer bonita. Tam-

bién Almonte le había escrito á Napoleón diciéndole que el entusiasmo por Maximiliano era desbordante y que cada vacilación suya era un golpe moral á sus numerosos partidarios, así como un rayo de esperanza para los juaristas que solo esperaban el arribo del príncipe para deponer las armas por completo. El mismo gobierno de los Estados Unidos, seguía diciendo Almonte, según me comunican los agentes secretos que tengo en esa Nación, abrigan la creencia de que hay que conceder á México el gobierno y las instituciones que desea. Después de los votos recogidos no puede caber duda de que los mexicanos quieren un imperio: tal es el parecer del presidente y sus ministros.

—Sí, sí contestaba el pobre príncipe, ofrezco á V. M. que me pondré en marcha para América tan pronto como mi ilustre hermano me despache y firmaré todos esos tratados con los que estoy enteramente conforme:

Napoleón había mandado á sus gentes que le formularan varios convenios, los que le habían de dar por resultado ser dueño de México y de su gobierno sin nuevas efusiones de sangre. Aquel imperio hecho por él sería una nueva joya para su corona.

El Emperador francés, en los tres días que tuvo alojados á los Archiduques en las Tullerías, echó de ver que así como Maximiliano era irresoluto y soñador, Carlota era firme y ambiciosa, y desde luego preparó un golpe teatral que había de ser de efecto y de trascendencias. Mandó organizar fiestas en que se tributaran á ambos honores regios, ordenándose á todos los cortesanos que les dieran el dictado de Ma-

gestades. Carlota quedó desvanecida y conquistada por completo. A la una de la mañana cuando se retiró con su esposo á su departamento, le dijo derramando lágrimas de regocijo:

—Maximiliano, ya no dudes más: ya no esperes más. Lo de Austria y lo de Bélgica no es para nosotros mas que un ensueño sin esperanzas: la realidad está en México. Haremos allí un gran imperio y cuando vengamos á Europa, seremos recibidos y honrados como verdaderos emperadores. Vamos, vamos á recoger esas coronas imperiales que solo allí se encuentran para nosotros.

—Iremos, Carlota mía, iremos indudablemente, contestó el Archiduque pensativo; pero que nos vean ir dignos y grandes, para que seamos respetados. Déjame disputar sin tregua á mi hermano mis incontrovertibles derechos.

Y el Archiduque llevó á su mujer á Bruselas para que su compañía no le causara embarazos en Viena y él solo se fué á disputar á su hermano su herencia que no quería cambiar por un imperio que en el fondo de su alma todavía lo consideraba problemático.

En su cuarto viaje á Viena, Maximiliano no encontró delante de sí mas que aquel eterno pacto de familia que lo condenaba al ostracismo y que siempre se resistía á firmar.

Fué á recoger á su esposa en Bruselas y con ella pasó á Lóndres en donde quedó muy impresionado de la glacial política inglesa; pero estaba ya tan comprometido con Carlota, con la comisión mexicana y con Napoleón III, que por fin señaló él mismo el 29 de Marzo para que se verificara la gran cere-

monia de aceptar la corona del imperio en Miramar, pasando por Viena para hacer sus últimas insistencias con su hermano.

En Viena, en esta vez, se recibió á nuestros personajes con todas las ceremonias debidas á legítimos soberanos, lo cual sirvió para que Carlota se sintiera más engreida con su nueva posición. De allí los comisionados fueron en compañía de Sus Magestades á Trieste, donde debían quedarse esperando el deseado día 27 de Marzo que ya estaba próximo.

El 26 de Marzo fueron á Miramar, según cita que tenían anticipada, los señores Gutierrez Estrada, Hidalgo y Velázquez de León, miembros de la comisión que andaba ofreciendo el imperio mexicano. Allí presenciaron otra vez un cuadro desolador. Maximiliano estaba conmovido y calenturiento, Carlota nerviosa y la servidumbre íntima con las caras muy largas. Había llegado una comisión de Viena y el capitán de fragata Herzfeld dió lectura en presencia de todos á la famosa convención que contenía el pacto de familia.

—Es la sexta vez que se me presenta ese documento, dijo Maximiliano con voz doliente, y es la sexta vez ahora también que declaro que jamás lo firmaré.

—Por Dios! exclamó Carlota por lo bajo.

—Señor, exclamaron los comisionados mexicanos doblando las rodillas.

—No firmaré, no firmaré.

Insistieron los consejeros íntimos de Maximiliano, los enviados de Francisco José alegaron algunas razones y por fin dijo el archiduque:

—Iré á Roma y nombraré árbitro al Santísimo Padre.

Se discutió el punto y á moción de Gutierrez Estrada y sus colegas se convino en que el árbitro sería Napoleón puesto que era el patrono de los asuntos mexicanos. El capitán de fragata regresó á Viena con su pacto de familia sin firmar y dió cuenta de la decisión adoptada en Miramar.

—¡Moratorias inútiles! exclamó Francisco José encogiéndose de hombros. Ese es punto ya resuelto en que no se puede admitir ningún arbitraje.

En esta vez fué la archiduquesa la que se puso en campaña con un pequeño séquito en el que iban Hidalgo y Gutierrez Estrada. Se arrodilló delante de Napoleón, se arrodilló también ante Francisco José y los dos soberanos la consolaron con tiernas palabras.

—No puede hacerse más de lo que se ha hecho, dijo Carlota á su esposo, llegada que fué por la noche á Miramar de su reciente viage.

—Estás fatigada, reposa y mañana hablaremos.

—No, no, mañana estará aquí el emperador con toda su corte, mañana vendrán también los comisionados mexicanos, mañana no tendremos tiempo de nada.

—Conseguiste algo?

—Mas de lo que podía esperarse.

—Habla.

—Napoleón ha mandado al general Frossard, su hombre más íntimo con una carta autógrafa para Francisco José y ambos soberanos se han hablado por el telégrafo.

—Si, se han de haber cerrado el ojo: ellos se entienden.

—Napoleón nos ha ayudado con sinceridad: me ha dicho desde luego que era difícil que se revocara lo que ya era un acuerdo de la corte de Viena, pero que iba á intentarlo con todas sus fuerzas.

—Y mi hermano?

—¡Ay! tu hermano sólo ha ofrecido que vendría mañana para dar más solemnidad á tu aceptación de la corona y para convencerte de que lo del acta es una simple fórmula.

—Siempre me están diciendo que es una fórmula; pero mi firma puesta en ese pacto significa con todas sus letras mi abdicación.

En esos momentos llegó un mensaje de Viena anunciando que el emperador Francisco José estaría en Miramar el día 9 y que podía ser el 10 la ceremonia de aceptación.

—¡Vaya! dijo Maximiliano suspirando, siquiera esta noche dormiré tranquilo.

La que no pudo conciliar el sueño fácilmente, á pesar de la fatiga, fué la princesa Carlota la cual se acostó murmurando:

—¡Cuán frío se muestra Maximiliano por su nueva patria! ¡Cuán apegado á la Austria que ya no lo será más una vez que tiene que despedirse de ella para siempre! ¿Qué dirán de todo esto los comisionados mexicanos? ¿Qué fe profunda podrán depositar en un hombre que tanto vacila?

En consecuencia de los nuevos acuerdos se notificó á los comisionados mexicanos que estaban esperando en Trieste, juntos con algunos curiosos que habían venido á presenciar la ceremonia, que esta se verificaría el 10 de Abril y que entre tanto podían